



El vampiro, epítome de la otredad gótica, como ser transgresor y el cristianismo.

Francisco Javier Sánchez-Verdejo Pérez

Doctor en Filología Inglesa

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Resumen

El mal se identifica con lo que se denomina *otherness*. Sin embargo, el vampiro no es completamente *other*. Es una composición de arquetipos y conlleva una complejidad de interpretaciones. El no-muerto es libre porque transgrede el orden natural (el orden de Dios), tiene sus propias leyes, transgrede las fronteras prescritas. La transgresión se produce en todos los niveles. El vampiro transgrede los límites entre el ser y el *other*, y por eso domina a sus víctimas. El *revenant* nos ofrece la posibilidad de probar, deleitarnos, gozar con la perversión. El vampiro es un vehículo para expresar lo rechazado, lo reprimido y lo oprimido, lo morboso, la rebeldía, las pasiones.

Un viento vital y fecundo / sopla y enciende eternas llamas claras...
La nueva vida y sangre nueva / por doquiera resurge y mana...

Deja que su dulce mirada / cale hondo en tu corazón / y su eterna dicha anhelada / poseerá todo tu ser. / Sed osados, coged sus manos... Volveos hacia él, hermanos...

(Novalis: Cánticos espirituales)



El mal, dentro del género del terror, se identifica con lo que se denomina *otherness* (Hatlen, 1988: 120). Sin embargo, el vampiro no es completamente *other*; es una composición de arquetipos y conlleva una complejidad de interpretaciones. El vampiro es un demonio, un rebelde y un transgresor.

El vampiro es libre porque transgrede el orden natural (el orden de Dios), tiene sus propias leyes, transgrede las fronteras prescritas de la

decencia romántica. El monstruo vampírico engancha al lector con los deseos reprimidos y con la transgresión de los límites de las convenciones. Las siguientes palabras, puestas en boca del conde Azzo a modo de confesión, pueden ser evidentes: “*I belong, you must know, to that class of persons who turn day into night, and night into day, and who love everything uncommon and peculiar*” (en Ryan, 1988: 48). Al afirmar que su esencia radica en la inversión de los valores convencionales no hace sino espolear la atención y cautivar –no solo a la protagonista– al lector, ofreciéndonos la posibilidad de experimentar lo subversivo.

Las historias vampíricas hablan de la tragedia de un ser sensible, inteligente y apasionado que *vive* una *vida* sin sentido, que intenta escapar del vacío y que paga muy cara su transgresión de las rígidas normas. Aristóteles se refirió a la tragedia como el abismo que separa al deseo de la realidad. Las historias vampíricas en su conjunto son historias trágicas porque el vampiro es un personaje trágico, debido al hecho de que su eterna búsqueda nunca puede tener final. Vivir en un estado de ausencia de muerte es una vida trágica, una *no-vida* condenada a la eterna repetición del ciclo vampírico.

El vampiro ha transgredido los límites establecidos y su osadía no puede quedar impune. Este ser comparte con Victor Frankenstein su deseo de trascender el conocimiento que les ha sido otorgado a los humanos. Ambos intentan usurpar el papel y la posición de los dioses del Olimpo, del Dios cristiano. Al ser humano se le concedieron ciertos dones y se le permitió trascender su realidad por medio del conocimiento y la investigación, pero el intentar traspasar el umbral es y debe ser punible, de manera análoga a lo que le sucedió a Lucifer. Así, las siguientes palabras vertidas por Shelley podrían haber sido puestas en boca del vampiro: “*All my speculations and hopes are as nothing; and like the archangel who aspired to omnipotence, I am chained in an eternal hell*” (1969: 211).

Una de las amenazas más prominentes en las historias vampíricas es la amenaza a la propia identidad. El vampiro transgrede los límites entre el ser y el *other*, y por eso domina a sus víctimas.

Por tanto, lo que en realidad el vampiro nos está ofreciendo es la posibilidad de probar, deleitarnos, gozar con la experimentación de la perversión, perversión entendida en el más alto grado de su acepción. En el corto intervalo en el que *Dracula* y “*Carmilla*” se escriben, la creencia en la perversión es algo indiscutible para la sociedad. En este momento histórico, las categorías tan rígidas levantadas por los nuevos expertos en la sexualidad humana no hicieron sino constreñir muchas otras manifestaciones afectivas. Y la homosexualidad fue calificada de perversión. La primera referencia en lengua inglesa a este término data de 1897, el mismo año de *Dracula*. La causa de Oscar Wilde no pasó desapercibida para una sociedad obsesionada por la doble moral. En palabras de Jonathan Dollimore: “*death, mutilation, and incarceration have*

been, and remain, the fate of those who are deemed to have perverted nature" (1991: 230). Las acciones citadas por Dollimore son experimentadas por el vampiro cuando es descubierto, y aquellos que aplican dicho correctivo a los cadáveres son los que detentan el poder.

El vampiro es un antihéroe trágico. Pero su atributo más importante, el que le coloca en un lugar diferente al de otros villanos y héroes memorables, es el hecho de que nos persigue desde el otro lado de la tumba. La muerte es el aspecto menos comprensible del ser humano. Aquí se produce la transgresión más significativa del vampiro: se ha burlado de la muerte y nos ofrece la inmortalidad; tiene el poder de subvertir nuestras convicciones más profundas.

El vampiro es un vehículo para expresar lo rechazado, lo reprimido y lo oprimido. La búsqueda constante, la experimentación con lo morboso, la rebeldía contra los modelos tradicionales, las pasiones enfermizas, la subyugación de la norma a los deseos personales... son una metáfora permanente del ser humano. El lado oscuro no es solo cosa del conde transilvano: está en todos los humanos.

Durante siglos, el vampiro ha experimentado cambios radicales, ha evolucionado con la sociedad. Emergiendo de nuestro inconsciente colectivo, estos seres representan un éxtasis prohibido. El consumo de sangre es el tabú más antiguo de la tradición judeocristiana, puesto que se suponía que la sangre albergaba la fuerza vital de cualquier ser vivo, fuerza que provenía directamente de Dios. Incluso el consumo de sangre animal fue prohibido. Por tanto, la conexión entre los vampiros y el pecado estaba forjada.

Rápidamente, los *revenants* se convirtieron en el estandarte de todas las transgresiones: sexo, egoísmo, avaricia, vanidad... Mediante un estudio del vampiro, podemos dilucidar la influencia del complejo de culpa que los seres humanos insertos en la tradición judeocristiana han heredado.

Mucho antes de que la Iglesia Cristiana empezara a desplegar sus poderosas alas sobre Europa, el vampiro ya era un mito establecido. Sus raíces son paganas, y las creencias estaban muy extendidas. La relación que se produjo entre el vampiro y la Iglesia católica es una historia llena de ironía. *"God! God!... What have we done... that we are so sore beset? Is there fate amongst us still, sent down from the pagan world of old, that such things must be, in such a way?"* (Stoker, 1989: 134).

La Iglesia cristiana no había establecido una postura sobre los vampiros cuando se disgregó en 1054, con el resultado de que los búlgaros, rusos y serbios permanecieron ortodoxos, y los polacos, los checos y los croatas, romanos. Sin embargo, las creencias de las dos Iglesias que resultaron –la católica romana en el oeste, y la ortodoxa en el este– pueden ser unidas directamente al mito vampírico que siguió prevaleciendo

en el este. Los católicos romanos pensaban que los cuerpos de sus santos no se corromperían en la tumba; en contraposición, permanecerían intactos y emanarían un olor agradable. Por su parte, la Iglesia ortodoxa encontró más difícil al principio el desterrar las raíces paganas, y consideraba un cuerpo incorrupto como un signo maligno, a no ser que exhalase un buen olor, pues se creía que el hedor del vampiro era compañero de la peste¹. A pesar de todo, ambas iglesias no tenían una postura acerca de los vampiros salvo que eran parte de una creencia pagana y anticristiana por naturaleza.

El paganismo, lejos de ser una religión organizada, era un conjunto de sabiduría popular y mitología desorganizada. Se mantenía vivo gracias a las leyendas que se pasaban de generación en generación y de unos a otros. La Iglesia católica romana reparó en que las mitologías paganas establecidas podían usurpar las nuevas creencias católicas que la Iglesia estaba intentando extender. Por tanto, comenzó una investigación del mito del vampiro. La Iglesia, con la intención de extender sus creencias y de acabar con el paganismo, comenzó a unir el vampirismo con Satán. Hicieron creer que los cadáveres eran reanimados por los demonios satánicos: “*Oh, how we are beset! How are all the powers of the devils against us!*” (Stoker, 1989: 134). Como resultado, estos vampiros huían de los signos del verdadero Dios cristiano: el crucifijo, el agua bendita, y la hostia sagrada. Pretendían hacer creer que sin el concurso de estas nuevas creencias, los remedios que tradicionalmente habían usado serían inútiles; no olvidemos que Barlow (*Salem’s Lot*) así nos lo recuerda: “*Without faith, the cross is only wood*” (1976: 335). En esta obra, el sacerdote, Father Callahan, ha perdido su fe y cuando se encuentra ante el vampiro Barlow, la cruz se convierte simplemente en, como lo expresa King, “*piece of plaster*”, de manera que Barlow la toma de su mano, la divide en dos y la lanza al suelo.

Detengámonos un momento en este aspecto: en los últimos años, el significado del crucifijo ha sido desafiado continuamente por los vampiros. En la obra de George Romero, *Martin* (1977), el vampiro desafía las creencias supersticiosas desarbolando completamente la iconografía tradicional vampírica al morder primeramente un diente de ajo para sostener luego un crucifijo frente a su cara explicando que ambos no surten ningún efecto. Esta crisis de la fe es retomada en *Fright Night* (1985), cuando el cazador de vampiros Peter Vincent sostiene una cruz ante el vampiro Jerry Dandrige espetándole “*Back! Creature of the Night!*”, ante lo cual el vampiro irrumpe en carcajadas y le responde de manera análoga a como lo hace Barlow: “*You have to have faith for that to work on me*”. Estos ejemplos sugieren que en el mundo moderno la

1. No extraña tal asociación, puesto que las plagas siempre se han asociado con el hedor. Según Indurain y Urbiola (2000: 74), al vampiro griego se le llama *brucolaco* por su asquerosa suciedad.

fe ha desaparecido, lo que explica la rapidez y facilidad con la que el vampiro se infiltra en la comunidad.

Retomemos nuestro hilo de argumentación. La Iglesia ortodoxa griega había lanzado la amenaza de que todos los renegados excomulgados se convertirían en vampiros después de su muerte. No obstante, en el seno de la Iglesia católica también se consideraban la excomunión² y una vida no cristiana y depravada, o el suicidio, como un camino seguro e inevitable hacia el abismo de los no muertos. Entre los siglos XV y XVIII, la Iglesia católica centró sus esfuerzos en consolidar y expandir su poco representativa posición en el seno de la población. Por esta razón, se aprovechó del temor a los vampiros y calificó a estas criaturas de seres aliados del diablo, por lo que su lucha contra ella entraba plenamente en el ámbito de su competencia. Olga Hoyt, refiriéndose al beneficio que intentó obtener la Iglesia a costa de tal creencia, afirma que:

Indeed the Church saw in vampirism a means of extending its power over the people and let the beliefs bloom, so that the priests could exorcize demons and save the people... Among the threats made by Church authorities was that an excommunicated soul was in danger of becoming a vampire (1990: 55).

Consecuentemente, la creencia en la existencia de los 'revinientes' representaba un gran beneficio para esta institución; incluso había quien hacía negocio a raíz del miedo y la superstición que originaban estos seres. Recoge Masters (1974: 64) que personas como aquellos considerados *dhampir* (hijo de un vampiro) podían conjurar a su padre tras el pago de una considerable suma de dinero.

A partir de 1600 aparecieron las famosas escenas que mostraban cómo un cristiano debía defenderse de un vampiro: estamos hablando del crucifijo y el agua bendita, considerados entonces como recursos eficaces para sellar la tumba de un vampiro. No obstante, solo el sacerdote estaba capacitado para eliminar a un no muerto. Por otra parte, los métodos utilizados para ello, como clavarle una estaca en el corazón, muchas veces se tomaron de creencias anteriores al Cristianismo, aunque se revistieron de tintes cristianos. Por ejemplo, para empalar el cadáver debían utilizarse estacas de madera del mismo tipo que las utilizadas para hacer la cruz de Jesús. Ciertos pueblos han considerado indispensable que la estaca sea fabricada a partir del espino. Entre otras razones, Veselin Cajakanovic subraya:

2. Era la propia Iglesia la responsable final de que el individuo se convirtiese en un vampiro, pues por medio de este acto se desposeía a la persona de un privilegio espiritual, condenando al alma eternamente tras la muerte; de aquí a la conversión en un vampiro que deambula por el mundo de los vivos y los muertos sin descansar en paz no hay más que un estrecho paso.

Evil spirits and all unclean demons fear the hawthorn and, generally, all thorns... A witch (which is, in fact, an underground demon, the female counterpart of a vampire) is also afraid of thorns (1988: 75-76).

La aparición tan común de la estaca en la leyenda y la ficción vampírica puede ser interpretada como un método de unir al vampiro a la tierra en la que debería haber permanecido. Acerca de esta creencia vampírica, Cajkanovic (1998: 77) afirma:

[S]taking the vampire with a hawthorn pole, had originally not the intention of killing him... but rather they sought to *magically intervene and to bind him to his grave*, to prevent his exit from the grave and his dangerous wanderings...

La gran ironía es que cuando la Iglesia decidió acabar con las mitologías paganas, fue entonces cuando su propio decreto le proporcionaría validez histórica al vampiro. Tan grande fue su influencia que un gran número de películas y novelas del siglo XX todavía muestran al muerto como una criatura satánica, indefensa cuando se enfrenta a los signos del verdadero Dios cristiano.

En la Edad Media hubo un resurgimiento del mito. Se suponía que una persona muerta embrujada podía convertirse, o también cualquiera maldecido por sus padres o que había sido excomulgado por la Iglesia tenía grandes posibilidades de ser un vampiro (acerca de la relación entre excomulgados y vampiros, véase Masters, 1974: 239).

La idea atávica (aparece en múltiples religiones) de una vida después de la muerte es otra de las aportaciones del Cristianismo a la creencia en los vampiros: el cuerpo, simple continente material, se corrompe al tiempo que el alma continúa viviendo en otro mundo mientras aguarda la resurrección del juicio final. Gracias a la redención, el alma de los pecadores puede salvarse a condición de que se arrepientan y reciban antes de su muerte los últimos sacramentos. Así quedan excluidos a priori de la salvación todos aquellos que no los recibieron o que no fueron enterrados en tierra consagrada, como los suicidas y los excomulgados. De ahí procede la creencia en los aparecidos y en los vampiros que, según la lógica cristiana, son literalmente almas en pena, pues no pertenecen ni a este mundo ni al más allá. "The Mysterious Stranger" (1860), la anónima composición alemana donde hace su aparición el olvidado conde Azzo, confirma esta teoría ligando el vampirismo con el hecho de encontrarse en desgracia a los ojos de la Iglesia convencional (y ligándolo, por supuesto, con la luna): "*They were deceased persons... who had died in deadly sin, or under excommunication; and whenever the moon shone, they rose from their graves, and they sucked the blood of the living*" (en Ryan, 1988: 69).

En la Alta Edad Media, a la Iglesia también le preocupaba la creencia según la cual los muertos pueden regresar para visitar a sus parientes. La religión había concedido un amplio espacio a los espectros; así, estos encarnaban una de las supervivencias del paganismo. San Agustín, verdadero precursor del culto cristiano a los no muertos, en un tratado sobre los cuidados que deben prestarse a los muertos (*De cura pro mortuis gerenda*), descarta la existencia de aparecidos en el Cristianismo. Es necesario constatar que “*los relatos de apariciones de muertos ordinarios son bastante raros en la literatura eclesiástica, a excepción de los que narra Gregorio Magno en el cuarto libro de sus Diálogos*” (Schmitt, 1992: 70-1). Las tradiciones europeas confirman la existencia de estos espectros, por lo general terroríficos y peligrosos, que, al no haberse beneficiado de los ritos del paso a la muerte, no pueden encontrar el reposo en el más allá.

A raíz de todo lo anterior es fácilmente deducible que el vampiro no se puede entender en toda su extensión sin tener en cuenta los motivos cristianos: los incubos, los súcubos³ o el tema faustiano, puesto que el mito del vampiro puede considerarse como una versión simplificada de la presencia del mal en este mundo.

Cabe destacar que con el paso del tiempo, numerosos informes y tratados fueron publicados por la propia Iglesia cristiana. Casi todas las investigaciones dignas de crédito producidas entre 1600 y 1800 fueron realizadas por diáconos, sacerdotes, monjes y similares. El miedo a los vampiros siguió invadiendo Europa, seguido de la caza de vampiros, exhumaciones en masa y legiones de cadáveres atravesados con estacas o quemados, en un intento de extirpar el vampirismo de las aldeas.

Leo Allatius, hombre que fue el primer miembro del clero en publicar un libro sobre el tema y que trabajó durante bastantes años en la biblioteca del Vaticano, puede ser considerado como uno de los primeros en declarar oficialmente que los vampiros estaban bajo el poder del Mal. Según este autor, el diablo tomaba posesión de esos cuerpos dándoles vida y haciendo que se levanten y abandonen sus sepulturas (Allatius falleció creyendo en la realidad de los vampiros). Numerosos escritos dan cuenta de esta asociación; por ejemplo, “*La bella vampirizada*”, de A. Dumas, es una obra que presenta de forma muy explícita esta asociación.

El famoso tratado teológico *Malleus Maleficarum*, publicado por la Iglesia en torno a 1486, también trataba el vampirismo y su conexión con Satán. Ningún otro libro de su época promovió tanto la misma

3. Ernest Jones (1971) ve una conexión directa entre los incubos (demonios masculinos que mantenían relaciones sexuales con las mujeres) y súcubos (demonios femeninos que hacían lo propio con los hombres) y los vampiros.

materia que trababa de combatir. La perspectiva del *Malleus* fue apoyada por subsiguientes decretos papales y episcopales, lo que implica la complicidad de la Iglesia. El volumen establece un vínculo entre los cadáveres de los que habían fallecido por suicidio o habían sido excomulgados y el posible origen del vampirismo, amén de la consabida persecución de la brujería. Hacia el 1600, este tratado se usaba como la *Biblia* de los cazadores de vampiros en toda Europa.

Dom Augustine Calmet fue un monje francés benedictino de la congregación de San Vannes. *Dissertations sur les Apparitions des Anges, des Demons et de Esprits, et sur les revenants, et Vampires de Hongrie, de Boheme, de Moravie, et de Silesie*, publicada por primera vez en París en 1746, pretendía separar al vampiro de su conexión con el satanismo y con las fuerzas demoníacas. Su obra "*was really the first vampire anthology*" (Frayling, 1992: 92): una colección de informes, artículos periodísticos, relatos de testigos y documentos críticos sobre las diversas epidemias de vampirismo. Describía a estos seres como simples cuerpos muertos que se levantan, y proclamó que formaban parte de la superstición. Fue duramente criticado por sus afirmaciones tan radicales.

Probablemente, el cronista más conocido (y más versado en su momento) de las historias de vampiros es Montague Summers. Sus dos publicaciones sobre vampiros más conocidas, *The Vampire: His Kith and Kin* (1928) y *The Vampire in Europe* (1929), no han sido igualadas desde el punto de vista de la investigación vampírica. "*A pesar de la calidad de sus libros sobre vampiros*" (Indurain y Urbiola, 2000: 235), pues parecía convencido de la existencia de estos, sus contemporáneos seculares no vieron con muy buenos ojos parte de su actividad, ya que no compartían algunas de sus opiniones.

Retomando el mito que estamos analizando, este contiene rasgos de resurrección, canibalismo y sacrificio muy antiguos. Así, el hecho de que el vampiro vuelva de la muerte, resucite, es una metáfora cristiana. Cristo muere por los pecados de la humanidad y regresa de forma que la humanidad pueda alcanzar la vida tras la muerte. Es altamente interesante estudiar los medios por los que los pueblos empezaron a alterar sus cuentos debido a la creciente influencia cristiana sobre la sociedad europea. El primer y más obvio paralelismo se puede encontrar en la historia de Jesucristo, que aglutina en sí los elementos citados: sacrificio, resurrección y canibalismo; por no citar los ritos de la comunión, como una transustancialización, es decir, un rito de beber sangre y comer carne. Este concepto puede que nos ayude a comprender el lugar de la sangre, el potencial de la sangre y la magia de la sangre a través de la historia. En efecto, una unión más fuerte entre la Iglesia y el vampiro se ve claramente en el acto de la comunión, en el que los cristianos participan durante cada misa. Por medio del acto de beber el vino y comer el pan, se dice que el pueblo participa de la sangre y el cuerpo de Cristo. Como parte del camino para la salvación, la Iglesia instituyó la Sagrada Comunión como un sacramento. Por tanto, la re-

ligión de una gran mayoría de las gentes enseñaba que el beber sangre conduciría a la vida eterna. En la misa católica, los creyentes festejan y se regocijan continuamente de la sangre y el cuerpo de Cristo para así mantener su vínculo con la vida inmortal de la divinidad. El vampiro se alimenta de la sangre, y por ende de la vida mortal y él mismo encarna la inmortalidad. En un gran número de historias vampíricas, la relación amorosa eterna que el vampiro les propone a sus víctimas representa el matrimonio arquetípico sagrado –una unión que no puede ser cercenada por la muerte o el tiempo– similar al matrimonio entre Cristo y la Iglesia.

Volviendo la mirada a la literatura, “Carmilla” y *Dracula* son dos obras que, como la mayoría de los relatos vampíricos, contienen escenas llenas de connotaciones explícitas sensuales y sexuales. Pero la sexualidad se encuentra de hecho subyugada a y por la religión. Así, la escena en la que Mina es hallada bebiendo de la sangre de Drácula es llamada por Van Helsing *el bautismo de sangre*, y parece asimismo el propio acto de la comunión. Otro hecho clave es la importancia que la Iglesia concede a la sangre, ya que constituye el centro mismo de la misa, cuando el simple vino es convertido en sangre de Jesucristo en la consagración. Toda una ceremonia que algunos autores, como Bram Stoker, utilizaron para conferir una identidad inmortal y diabólica al vampiro: la contraposición de Dios, por eso se sirve de un cáliz para recoger su propia sangre, como Manuel Yáñez Solana nos muestra en un impresionante relato titulado “La sangre del vampiro”.

Las citas que las Sagradas Escrituras hacen respecto a la importancia de la sangre y a la existencia de estos seres no son pocas:

Porque la vida de la carne es la sangre... nadie de entre vosotros... comerá sangre... Porque la vida de toda carne es la sangre; en la sangre está la vida. No comeréis la sangre de carne alguna... (Levítico, 17: 11–14).

Cuanto vive y se mueve os servirá de comida... Solamente os abstendréis de comer carne con su alma, es decir, su sangre (Génesis, 9: 3–4).

La propia Iglesia no fue inmune a la mezcla y tradición de las leyendas vampíricas. Es innegable que la transposición de términos que se encuentra es abrumadora. Mientras que Cristo fue clavado a la cruz, el vampiro era en ocasiones atravesado con un clavo (una imagen que evoca la corona de espinas⁴). Además, mientras que Cristo fue atrave-

4. La corona de espinas se asimilaba con el espino blanco usado para luchar contra los vampiros. En Hungría y Transilvania, solía colocarse espino en las puertas y ventanas. En Bulgaria y Albania se creía que poniendo una rama de espino sobre la tumba se evitaría la salida de este siniestro personaje.

sado con una lanza en el corazón –hecho que consumó su muerte–, el vampiro es destruido con el mismo ritual: una lanza le atraviesa el corazón y es destruido. Mientras que Cristo derramó su sangre para dar la vida, el ‘reviniente’ toma la sangre y en su lugar ofrece muerte. En casi todas las referencias, el lector encuentra el requerimiento de que para destruirlo, la estaca debe penetrar el corazón. De hecho, según Barber, el corazón del vampiro comenzó a recibir tal atención que el arrancárselo se convirtió durante un tiempo en sumamente importante (1988: 73).

La estaca es una imagen que paradójicamente transmite terror y respeto al mismo tiempo: este elemento constituye una parodia de la Biblia judeocristiana, especialmente de los Evangelios, donde otro elemento de castigo, la cruz, se convierte en un elemento de salvación. “*Una fuente de sentimiento de lo siniestro que se ha mantenido vigente a lo largo del tiempo es la violencia ejercida sobre el cuerpo humano*” (Sancho Cremades, 1995: 379). El que ejecuta la misión de clavar la estaca al vampiro, al igual que Jesucristo, se encuentra unido inexorablemente a un elemento de tortura; en ambos casos, el instrumento explica y justifica la misión.

El resultado de toda esta imaginería es que dos creencias populares distintas pero similares florecieron codo con codo: en el mundo divino, el Sagrado Corazón ofrecía la imagen de atravesar el corazón como símbolo de y camino hacia la santidad; en el secular, la tradición ofrecía la imagen terrible de la estaca en el corazón del vampiro como un método de enfrentarse a lo maligno. En esta ambigüedad se puede descubrir el poder de la Biblia, del vampiro y del empalamiento que, por otro lado, tan famoso hizo a Vlad Dracul.

El mismo vampiro puede ser visto como una inversión de Jesucristo. Cristo es el bien, el vampiro es el mal. Cristo representa la luz y la esperanza y resucitó al amanecer; el vampiro representa el temor y la muerte y *resucita* cada atardecer. Cristo ofreció su vida; el vampiro la roba. Cristo le pide a la humanidad que beba de su sangre; el vampiro bebe de la sangre de la humanidad. Cristo ofrece la inmortalidad espiritual; el vampiro ofrece la inmortalidad física. Esta unión entre Cristo y el vampiro se hace más explícita en ocasiones, una de las cuales es la huida de Drácula de los crucifijos, la hostia y otros símbolos del ritual cristiano (Leatherdale, 1985: 176).

De hecho, también se creía que otra forma de que surgieran miembros de los no muertos incluía el bautismo⁵, la excomunión, el suicidio, la herejía... e incluso –o por supuesto– el no ser un buen cristiano. Los vampiros representaban grandes beneficios para la Iglesia (Masters,

5. Las personas que no eran bautizadas “*were believed to come back as revenants*” (Bunson, 1993: 47-8), idea que también corrobora Murgoci como una creencia ampliamente extendida en Rumania: “*When a child dies before it is baptized, it becomes a vampire at seven years of age*” (1998: 20).

1974: 64). El Cristianismo poseía las armas más poderosas contra los que succionaban la sangre: las cruces o los crucifijos, el incienso, la hostia consagrada, el agua bendita, las oraciones, la misa y, por supuesto, la fe personal.

"La sangre es la vida" (Deuteronomio, 12: 23) es una de las referencias bíblicas tomadas prestadas por los personajes de Stoker. Renfield grita esta frase después de atacar a Seward con un cuchillo y lamer la sangre que goteaba con su lengua. En la historia, Renfield asume explícitamente el papel de discípulo de Drácula: escapa del manicomio y lo encuentran rezando a Drácula en la capilla de Carfax. En la novela Stoker pone en mayúsculas los pronombres de los discursos de Renfield, acentuando la reverencia de este y el estado divino del Conde⁶:

'I am here to do Your Bidding, Master. I am Your slave, and You will reward me, for I shall be faithful. I have worshipped You long and afar off. Now that You are near, I await Your commands, and You will not pass me by, will You, dear Master, in Your distribution of good things?' (102).

Renfield se refiere a Drácula como Dios cuando dice: *"I am... somewhat in the position which Enoch occupied spiritually"* (269). Pero *Dracula* recuerda las palabras de Satanás a Jesús en el desierto cuando el vampiro le ofrece a Renfield unas ratas: *"All these lives I will give you... if you fall down and worship me!"*⁷ (279), por no olvidar el momento en el que Mina recita a sus oyentes las palabras del Conde en las que afirmaba que: *"you, their best beloved one, are now to me flesh of my flesh; blood of my blood; kin of my kin"* (288).

"Carmilla" también presenta paralelismos con la religión, siempre tratado este paralelismo desde el punto de vista de una terrible ironía; como cuando Carmilla ha sufrido el accidente de su carruaje, y su madre, al saber que su hija todavía está viva, *"clasped her hands and looked upward, as if in a momentary transport of gratitude"* (283). Pero aún más evidente es esta ironía cuando el vampiro pronuncia unas palabras que evocan las palabras de la Última Cena, momento en el que Jesús es consciente de su despedida, y así se lo hace saber a sus discípulos: *"Let us look again for a moment; it is the last time, perhaps, I shall see the moonlight with you"* (300), para más adelante añadir otras palabras llenas de un matiz evangélico pues Carmilla confía en la resurrección de la vida

6. No obstante, encontramos algún momento en la novela en el que Renfield se opone desde su celda a que Drácula le inflija daño a Mina Harker.

7. Esta cita evoca la escena evangelica en la que Cristo es tentado en el desierto. Pero también, lo que reside en el trasfondo es el narciso, majestuoso, prepotente y orgulloso Lucifer miltoniano. La diferencia estriba en que en el texto stokeriano, señor y vasallo, maestro y discípulo, Drácula y Renfield, los dos ansían la caída y ulterior destrucción de la humanidad, y detentar así el máximo poder terrenal.

eterna, pero una resurrección vampírica, todo ello dentro de un acto sacrilego: “*The time is near when you shall know everything*” (302).

Referencias Bibliográficas:

- BARBER, Paul. *Vampires, Burial and Death: Folklore and Reality*. Ed. Yale U.P., 1988.
- BUNSON, Matthew. *Vampire: The Encyclopaedia*. Ed. Thames & Hudson, Londres, 1993.
- CAJKANOVIC, Veselin. “The Killing of a Vampire”, en Alan Dundes (ed.) *The Vampire. A Casebook*, University of Wisconsin Press, Madison, 1998, pp 72-84.
- DOLLIMORE, Jonathan. *Sexual Dissidence: Augustine to Wilde, Freud to Foucault*. Ed. Clarendon Press, Oxford, 1991.
- FRAYLING, Christopher. *Vampyres: Lord Byron to Count Dracula*. Ed. Faber & Faber, Londres, 1992.
- HATLEN, Burton. “The Return of the Repressed / Oppressed in Bram Stoker’s *Dracula*”, en Margaret L. Carter (ed.) *Dracula: The Vampire and the Critics*, UMI Research Press, Ann Harbour & Londres, 1988.
- HOYT, Olga. *Lust for Blood: The Consuming Story of Vampires*. Ed. Scarborough House, Lanham, 1990.
- INDURAIN, Noelia & Óscar URBIOLA. *Vampiros. El mito de los no muertos*. Ed. Tikal, Barcelona, 2000.
- KING, Stephen. *Salem’s Lot*. Ed. Hodder & Stoughton, Londres, 1976.
- JONES, Ernest. *On the Nightmare*. Ed. Liveright, Nueva York, 1971.
- LEATHERDALE, Clive. *Dracula: The Novel and the Legend*. Ed. Aquarian Press, Wellingborough, Northamptonshire, 1985.
- LE FANU, Joseph Sheridan. *Ghost Stories*. Ed. St. Merton’s Press, Nueva York, 1992.
- MASTERS, Anthony. *Historia natural de los vampiros*. Trad. Ignacio Roger. Ed. Bruquera, Barcelona, 1974.
- MUGORCI, Agnes. “The Vampire in Roumania”, en Alan Dundes (ed.) *The Vampire. A Casebook*, University of Wisconsin Press, Madison, 1998, pp 12-34.
- SANCHO CREMADES, Pelegrí. “El relato de terror en la cultura de masas”, en *Tropelías*, nº 5 y 6. Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1995.
- RYAN, Alan (ed.) *The Penguin Book of Vampire Stories*. Ed. Penguin, Harmondsworth, 1988.
- SCHMITT, Jean Claude. *Historia de la superstición*. Trad. Teresa Clavel. Ed. Crítica, Barcelona, 1992.
- SHELLEY, Mary. *Frankenstein; or, The Modern Prometheus*. Ed. M.K. Joseph. Ed. O. U.P, Londres, 1969.
- STOKER, Bram. *Dracula*. Ed. O.U.P., The World’s Classics, Oxford, 1989.

